

XIII

El último retrato.

El hombre á quien hemos visto en la soledad de su gabinete, turbada rara vez en el espacio de algunos meses por las escenas descritas, no consagraba todo su tiempo al estudio. Engranado en la máquina social por las afecciones, por el matrimonio, por la ciencia misma, no podía ser uno de esos sabios telarañosos que los poemas nos presentan pegados á los libros y á las retortas, y tan ignorantes del mundo real como de los misterios científicos. Leon Roch se presentaba en todas partes, vestía bien, y aún se confundía á los ojos de muchos con las medianías del vulgo bien vestido y correcto que constituye una de las porciones más grandes, aunque ménos pintorescas, de la familia social. No se eximia de la insulsez metódica

que informa la vida de los ricos en esta capital, y así se le veía con su mujer en el paseo de carruajes, cuyo encanto consiste en reunirse todos á hora fija y dar unas cuantas vueltas en orden de parada, coche tras coche, paso á paso, en perezosa y militar fila, de modo que las señoras reclinadas en el asiento posterior del landó, sienten en su cara el resuello de los caballos del coche que va detrás, y aún ha habido paquidermo que ha intentado comerse, creyéndolas vivas, las flores del sombrero de la dama que va en el carruaje delantero. También iba al teatro con su mujer, observando la deliciosa disciplina de los abonos á turno, que tiene la ventaja de administrar el aburrimiento ó el regocijo á plazos marcados, sin contar para nada con el estado del espíritu. Daba de comer á pocas personas en un sólo día de la semana, habiendo disputado y ganado á su mujer la elección de comensales, que eran de lo mejor entre lo poquito bueno que tenemos en discreción y formalidad. Para elegir no se acordó de categorías de escuela, y sólo obedeció á las simpatías personales. De modo que su yantar semanal (horrible frase) y sus *noches*, como pudiéramos decir, reunían hombres listos, católicos remachados, políticos de la más pura doctrina epicúrea, aristócratas de la

edición incunable, otros de los flamantes, y hombres de escasa importancia social, pero que la aparentaban por su cualidad de crónicas vivas ó por la seducción de su trato, en gran manera distinguido. También iban jóvenes de la pléyade universitaria, brillantes en el profesorado y en las ardientes disputas cuyo estruendo se oye por todas partes. Reinaba en estas reuniones armonía completa, pues nada reconcilia tanto como el buen comer, la presencia de elegantes damas y la necesidad de no olvidar un momento las leyes de la cortesía. Aunque algunos quizás se despreciaban cordialmente, había en la casa cierta atmósfera de estima general; y una conversacion discreta, tolerante, instructiva, extraordinariamente amena, productiva feliz de aquel conjunto de opiniones diversas, engañaba las horas. Se hablaba de artes, de letras, de costumbres, de política; se murmuraba también un poco; en algun pequeño grupo se hacia crónica personal algo escandalosa; y en otro se hablaba de las cuestiones más hondas, de religion, por ejemplo, que es un tema planteado en todas partes donde quiera que hay tres ó cuatro hombres, y que tiene el don de interesar más que otra cosa alguna. Este tema, constantemente tratado en las familias, en los corrillos de es-

tudiantes, en las más altas cátedras, en los confesonarios, en los palacios, en las cabañas, entre amigos, entre enemigos, con la palabra casi siempre, con el cañon algunas veces, en todos los idiomas humanos, en los duelos de los partidos, con el lenguaje de la frivolidad, con el de la razon, á escondidas y á las claras, con tinta, con saliva, y también con sangre, es como un hondo murmullo que llena los aires de region á region y que jamas tiene pausa ni silencio. Basta tener un poco de oido para percibir este incesante y angustioso soliloquio del siglo.

Rasgos físicos de Leon Roch, eran lo moreno del color, lo expresivo de la mirada, la negrura de la barba y cabello; su rasgo moral era la rectitud y el propósito firme de no mentir jamás. La mayor parte de las personas hallaban encanto indefinible en su modo de mirar; pero de su rectitud no podia juzgarse tan fácilmente, porque la conciencia no se ve. El ponerle ó no en el número de los buenos dependia del criterio con que se le mirase. Para algunos era una persona excelente; para otros un mal sugeto. Si á la vista tenia un cuerpo airoso y seductora presencia, álguien dijo de él: "Por fuera es buen mozo, pero por dentro es un jorobado."

No tenia la gazmoñería racionalista (pues

también hay gazmoñería racionalista), que consiste en escandalizarse con exceso de la credulidad de algunas personas y en ridiculizar su fervor; por el contrario, Leon miraba con respeto á algunos creyentes, y á otros casi con envidia. No tenia tampoco el afán de la conquista, ni queria convertir á nadie; y si el estudio le habia dado grandes regocijos, también le producía horas de amargura y desaliento. No creía su estado perfecto, sino por el contrario, harto imperfecto; por lo cual no gustaba de embarcar gente en las islas frondosas de la fé para llevarlas á las solitarias estepas de la duda.

Dióse primero á las ciencias naturales, hablando en su investigación los más puros goces. Después, la filosofía le produjo un mareo insoportable, y al fin volvió á los estudios experimentales que era donde se encontraba con pié firme y en país conocido. La historia le divertía tan sólo; pero la fisiología le encantaba. También cultivó la astronomía, favorecido por el dominio que tenía en las matemáticas. Solía decir: "La historia nos hace enanos, la fisiología nos pone en nuestro tamaño natural y la astronomía nos engrandece."

Había en su alma cierta aridez, ocasionada por el escaso empleo de la imaginación en

su niñez y en sus estudios. Se había criado en una trastienda, y allí corrió desabridamente su edad primera al lado de su madre, mujer tosca y sin delicadeza, que sentía poco y carecía de luces. Trabajaba mucho, pero no sabía leer, y tenía la vanidad de que su hijo era muy precoz y la creencia de que llegaría á ser general, obispo ó ministro. Después que murió su madre pasó una temporada en Valencia en la casa de un tío paterno, plebeyo enriquecido con la alfarería, y que decía: "Todo el saber es aire. Más útil es á la humanidad el hombre que hace un ladrillo que el que escribiera todos los libros que se conocen." Después vino para Leon una juventud sin calaveradas, sin aventuras, sin conatos de ser poeta dramático, sin proyectos de raptos y duelos, sin lágrimas, sin melancolías, sin vacilaciones en la elección de carrera, con pocos ensueños. Le metieron en un laberinto de matemáticas, diciéndole: "Sal si puedes." Es verdad que salió; pero luego le arrojaron en un mar de gujarros, donde había que luchar con esos oleajes petrificados, testimonio palpable de las agitaciones plutónicas y neptunianas que han esculpido nuestro globo; le metieron de cabeza en las entrañas del planeta, abiertas por la inducción ó representadas en los museos por las colecciones, y le dijeron: "To-

da esta grava, que parece arrancada del arrefice de un camino, Es un libro maravilloso: cada chinita es una letra. Es preciso que lo leas todo., Vió las aguas haciendo ruido ántes que hubiera orejas, y arco iris ántes de que hubiera ojos; vió la heráldica del mundo expresada en las figuras de bivalvos, de crustáceos y de ofidios que dejaron su forma impresa como el sello auténtico de las dinastías que desean hacer constar su reinado; vió plantas nacidas ántes de que hubiera dientes y muelas que mascaron, ántes de que hubiera hombres, y al hombre mismo, huésped tardío de la creación, llegando cuando los bosques se habian resignado á ser almacenes de carbon y cuando no habia mares definitivos ni los rios estaban nivelando muchas hermosas llanadas y cuando aún bufaban mil ingentes volcanes, arquitectos infatigables que daban el último golpe de cincel á la crestería de nuestras bellas montañas. Vió esto y otras muchas cosas que vienen detrás.

Más tarde, cuando terminó su carrera y se vió rico, es decir, cuando comprendió que no seria esclavo de la ciencia, sino por el contrario, dueño de ella, cultivó un poco la imaginacion. Bien conocia que jamás seria artista; pero tomó en sus manos el fino estilete con que representan á una de las musas

cuando las pintan en los techos; pero sus manos, que tan bien sopesaba la palanca de Arquímedes, eran toscas para instrumento tan delicado. "Está visto, decia, que siempre seré un bruto."

Habia logrado escribir medianamente, con más claridad que elegancia; hablaba en público muy mal, atrocemente mal; pero en la conversacion privada solia expresarse con elocuencia, siempre que el tema fuese alto. Habia adquirido la costumbre de emplear mucho las figuras, por esa tendencia acertada que tiene hoy la ciencia á lisonjear en vez de espantar el sentido de la muchedumbre, y porque las formas parabólicas han sido siempre muy del gusto de los entendimientos superiores. Es el eterno homenaje tributado por la ciencia al arte, y al que éste debe corresponder alumbrándose en su glorioso camino con la inextinguible luz de la verdad.

Aquel hombre tan preocupado de si esta piedra era más ó ménos siluriana que aquella, y si otra cristalizaba en romboedros ó en prismas, estaba desde su temprana juventud encariñado con un ideal para la vida, y era éste una existencia sosegada, virtuosa, formada del amor y del estudio, las dos alas del espíritu, como en su jerga figurada decia. Desde que pasó la época de los afanes

escolásticos, soñaba él con buscar y encontrar aquel ideal en un matrimonio bien realizado, del cual nacería una familia. Esta familia soñada, la gran familia ideal, la suya, la placentera reunion de todos los suyos, ocupaba su pensamiento. ¡Cosa extraordinariamente bella y consoladora! Unirse con una mujer adorada, amante y sumisa, de clara inteligencia y corazon donde nunca se agotaron las bondades; ver despues unos séres pequeñitos que irian saliendo y empezarian á hacer gracias y á pedir piando el pan de la educacion; desarrollar en ellos con derechura el sér moral y el físico; vivir por ellos y atender á las necesidades de aquel grupo encantador, en cuyo centro la esposa y la madre parecería la imágen de la Providencia deramando sus dones, ora fecunda, ora maestra, ya cubriendo al desnudo, ya dando alimento al desfallecido, guiando el primer paso del vacilante, conteniendo el ardor del intrépido!... ¡Oh! para esto valia la pena de vivir; para lo que esto no fuera, no. Luégo venian á su imaginacion los encantos de la vida del rico ilustrado, que puede gustar los placeres del trabajo sin ser esclavo de él... una vida deliciosa, consagrada por mitad al estudio, por mitad á los cuidados de la familia, dividiéndola asimismo entre la ciudad y el cam-

po, pues de este modo es más grata la Naturaleza y más grata la sociedad; vida ni muy apartada ni muy pública, en un dulce retiro sin esquivéz, léjos del bullicio, mas no inaccesible á los amigos discretos... Sí, era preciso realizar esto, y realizarlo pronto, ántes que se pasase la vida en un rodar incesante y vertiginoso; era preciso hallar pronto la que habia de ser base de aquella felicidad soñada, pero realizable. La eleccion no era fácil; debia ser prudente, séria, estudiada; pero ¿acaso no estaba él en las mejores condiciones para hacerla bien?... Sí, la haria bien, porque era un sabio, tenia mucho talento, mucha serenidad, espíritu de crítica; grandes hábitos de análisis... Y sin embargo...